

## ARMAND-JEAN le BOUTHILLIER de RANCÉ REFORMADOR de la TRAPA

### INTRODUCCIÓN

La biografía de nuestro personaje no es un tema sencillo y fácil, como se podría pensar, si se quiere evitar las soluciones simplistas sobre este género, como las de Brémond, en su *Abbé tempête*, o el colorido romántico de Châteaubriand<sup>1</sup>.

A la situación monástica del siglo XVII francés debemos llegar sirviéndonos de dos grandes conductos, que son: los acontecimientos políticos y religioso-sociales de Francia, y los hechos que acompañaron dichos acontecimientos, a veces muy complicados, de la Reforma, muchas veces intentada en el interior de las distintas Órdenes religiosas, y en particular de la cisterciense.

Además de estos dos aspectos, es fundamental para nuestro tema el conocer la influencia que tuvieron en la conversión y formación espiritual de Rancé los escritos de los antiguos Padres del monaquismo, y en particular los de Juan Clímaco. No se puede tampoco olvidar el ambiente espiritual y teológico en el que nuestro abad vivió los primeros años de su conversión, pues, de hecho, los Oratorianos de París han desempeñado un papel de gran importancia en su maduración interior. Será útil, además, tener bien presente su refinada preparación humana e intelectual, coronada con el doctorado en teología por la Sorbona. Todos estos elementos han contribuido a hacer de Rancé el instrumento especialmente apto para la obra de la reforma por él realizada, respondiendo con generosidad a la moción del Espíritu.

Por una parte, el movimiento de reforma, hacía ya tiempo iniciado entre los cistercienses, tomó gran importancia, pero, por otra, no logró nunca deshacerse de los condicionamientos externos de reyes y cardenales, que vieron en la Orden monástica una fuerza importante para la construcción de la nueva Francia, después de la desastrosa guerra de los treinta años.

Rancé se vio ante la necesidad de afrontar esta situación. Su temperamento fogoso, sostenido por una grandísima fuerza ideal, le llevó con mucha frecuencia a defender posiciones de ruptura en relación con su misma Orden cisterciense y con parte de sus amigos. El éxito de su reforma lo debió, además de a la fuerza del Espíritu, a la ayuda indiscutible que le vino de la actitud favorable del rey para con él.

Encontrándonos frente a tanta complejidad de acontecimientos, nos parece indispensable, antes de comenzar a hablar de nuestro personaje, exponer algunas ideas acerca del período histórico, a nivel político y religioso-social, durante el cual se desarrolló su empresa.

Nuestro itinerario contemplará también, en breves pinceladas, los distintos ambientes en los cuales tuvo que verse envuelto el ahijado de Richelieu.

Digamos, antes que nada, que Rancé fue uno de los principales protagonistas de la historia de su tiempo y, sobre todo en el campo religioso, desempeñó, después de su conversión, un papel muy importante.

### Condiciones políticas

Roma vio con alivio el final de las guerras de religión en Francia. El siglo se inició con los mejores auspicios y con grandes esperanzas, que, sin embargo, bien pronto se vieron decepcionadas<sup>2</sup>.

Enrique IV de Borbón Navarra, ascendido al trono en 1589, después del asesinato de Enrique III, parecía ofrecer inmejorables garantías de paz y de relaciones pacíficas con Roma, principalmente después de su conversión al catolicismo en 1593. Este acontecimiento le había ofrecido la posibilidad de ver coronados sus hábiles esfuerzos diplomáticos y militares. Después de que los Estados Generales le reconocieron como único rey de Francia, se mostró amigo de los católicos, pacificador y mediador, sobre todo a raíz del Edicto de Nantes, el 13 de abril de 1598. El Rey fue un hombre de amplia visión. Soñaba con proporcionar un nuevo orden a Europa, secundado perfectamente en estos sus proyectos por el ministro Sully.

Partiendo de tales premisas, una mirada superficial podría hacernos creer que, bajo los efectos del concilio de Trento y de la contrarreforma, y hasta el estallido de la revolución francesa, el catolicismo estuviera seguro en sus estructuras organizativas, purificado en sus miembros más cualificados, y sabedor de la finalidad esencialmente religiosa que debía pretender su obra. Pero, como veremos, no era así<sup>2</sup>.

Ya en 1604, Enrique tomó las armas y pidió a los holandeses declarar la guerra a España, pero fue asesinado, precisamente la víspera de iniciar nuevas hostilidades, el 14 de mayo de 1610. Ahora no es el momento de entrar en detalles más precisos sobre estos hechos, pero es útil saber que éste fue un siglo caracterizado por numerosas guerras, la más famosa de las cuales fue la de los treinta años.

La hostilidad con las casas de los Ausburgo de España y de Austria obligó a Francia a hacer sacrificios enormes, no sólo para sostener con hombres y dinero las intervenciones directas sobre todas las fronteras del país, sino, sobre todo, para ayudar a sus aliados, empeñados en el esfuerzo inmenso de frenar las miras expansionistas de los Absburgo. La paz de Westfalia, en 1648, y la de los Pireneos en 1659, señalaron el final de las hostilidades entre estos dos titanes.

La paz de Westfalia determinó también el final de la unidad de Europa, y la división del territorio europeo en áreas de confesiones cristianas diversas, subestimando todo derecho de la Santa Sede, e ignorando completamente las protestas del pontífice entonces reinante, Inocencio X<sup>4</sup>.

En esta primera mitad del siglo, Richelieu se demostró el artífice inigualable de la historia de Francia, que se convirtió en la mayor potencia europea, y cuya lengua, el francés, sustituyó al latín, a nivel diplomático. Richelieu, ejerciendo su política sin ningún escrúpulo, puso las bases de la futura grandeza del país y de la monarquía absoluta de derecho divino, de la cual Luis XIV, el Rey Sol, fue el exponente más significativo<sup>5</sup>.

Este hombre, nacido en 1585 de noble familia, grácil y enfermizo, destinado a una muerte precoz, según el parecer de los más, tuvo que ingresar en el estado eclesiástico por razones de dinero y sin vocación. Muy pronto célebre por sus capacidades diplomáticas no comunes, fue obispo a los veintitrés años. Sirvió a la Iglesia con espíritu altivo y gran sentido caballeresco. Tomó gustosamente las armas cuando tuvo que dirigir expediciones militares. Su verdadera pasión fue la política, e inició la carrera diplomática en la corte de María de Medici, favorecido por las recomendaciones del clero y por el excelente servicio de su padre en la corte de Enrique IV. Conquistó la confianza de la reina, e hizo rápidamente carrera. Secretario de estado de la guerra y asuntos exteriores a los treinta años, quiso liberar del marasmo a la nación y devolverle un lugar de primer plano sobre el escenario político europeo. Pretendió durante toda su vida este proyecto, superando con talento y astucia las numerosas dificultades que encontró en su camino. El reconocimiento de Maria de Medici le consiguió el nombramiento cardenalicio en 1622. Esta dignidad le resultó muy útil en su posterior actividad política.

No hay duda de que Rancé trazó las grandes líneas de la política interior y exterior del país, y de que en los momentos más graves, por ejemplo en el de la guerra de los treinta años, cuando se enfrentó a los hugonotes, que constituían un verdadero estado dentro del estado, supo sacrificar hasta la propia riqueza personal y la propia salud por la victoria de Francia, como

ocurrió en la famosa batalla de La Rochelle. Durante aquella memorable empresa, en las gélidas mañanas invernales, él comparecía en medio de los soldados sobre su caballo blanco, con la coraza de acero reluciente sobre la púrpura cardenalicia y una mirada profunda que parecía dirigirse dentro de sí mismo. Permanecía en su puesto casi sin interrupción, aunque estuviera devorado por fortísimos ataques de fiebre.

El gobierno de Richelieu desenterró el intento de una gran coalición contra los Ausburgo, proyecto que la muerte violenta de Enrique IV había hecho olvidar; pero ni él ni su gran amigo Luis XIII pudieron recoger los frutos de la acción contra la dinastía de los Absburgo, pues el cardenal murió a finales de 1642 y Luis XIII lo siguió a la tumba a primeros de 1643.

Muchas familias de la pequeña burguesía de provincia, alentadas por las nuevas perspectivas que venían anunciándose ya desde los primeros años del siglo, se habían acercado a París en busca de riquezas, nobleza y poder. Tal aconteció a la familia de Le Bouthillier de Rancé, que alcanzó un nivel envidiable en la corte.

Las vicisitudes dramáticas de que fueron víctimas muchos personajes famosos señalaron de forma indeleble la vida de toda la familia, incluida la de Armand-Jean. En efecto, muchos amigos de Rancé se vieron envueltos personalmente en las aventuras de la Fronde, y estos hechos iban a tener una importancia fundamental en las relaciones entre el omnipotente Mazarino y el abad Rancé.

Volviendo a Richelieu, se puede afirmar que, al hacer balance de este período, es justo cargar también en el haber de este gran estadista un profundo interés por el comercio francés, por la industria y por la marina, de la que fue creador. La época de Richelieu estuvo también caracterizada por una intensa exuberancia literaria. El estado controlaba la prensa, teniendo ya desde 1611 su propio diario oficial, el *Mercure françois*. En 1634, al enterarse el cardenal de que algunos literatos se reunían junto al secretario del rey, les obligó a constituirse en una asociación privilegiada: l'Académie française.

Uno de los lados negativos del régimen de Richelieu fue la situación financiera. Él no consiguió llenar las arcas del estado, cuidadosamente vaciadas por María de Medici, y, obligado a financiar una política exterior muy costosa, se vio en la necesidad de aumentar considerablemente las tasas. Mientras tanto, nombraba a sus parientes para los más altos cargos del estado, creando obispos, mariscales, almirantes, y dando a las mujeres de la familia por esposas de condes, duques y príncipes.

La familia Le Bouthillier creció a la sombra de este gran personaje, y el pequeño Armand-Jean fue su ahijado de bautismo. Como ya se ha insinuado, y como veremos con más detalle en lo sucesivo, los Bouthillier entraron de lleno en el círculo vicioso de los favoritismos, de los intereses materiales y de las rentas adquiridas sin mérito. El mismo Armand-Jean fue obligado, por los intereses de familia, a formar parte del estado eclesiástico, por el que no sentía una verdadera vocación, y se convirtió, como muchos otros retoños de las familias nobles, en un *bel abbé de cout* refinado y exageradamente ambicioso.

A la muerte de su padre, Luis XIII, el pequeño Luis XIV no tenía aún cinco años. Hasta su mayoría de edad, el gobierno fue ejercido por su madre, Ana de Austria; pero el verdadero dueño del país era el cardenal Mazarino<sup>6</sup> Si Richelieu había sido el buen protector de la familia Bouthillier, Mazarino fue su enemigo, a veces oculto y otras abiertamente declarado.

Julio Mazarino<sup>7</sup> era italiano. Un diplomático nato, sin duda, pero su carácter no estaba a la altura de sus ambiciones. Había sido educado en Roma por los jesuitas, y desde entonces se había conquistado la simpatía de todos con su encanto personal. Después, sus facultades de negociador, la extraordinaria habilidad diplomática y el conocimiento de lenguas hicieron que Richelieu lo conociera. El cardenal comprendió enseguida que el joven y ambicioso diplomático prestaría sus servicios a quien le ofreciera un futuro prometedor. En poco tiempo, Julio Mazarino, funcionario de la cancillería pontificia, se transformó en agente secreto de Francia. A

los treinta y siete años, aprovechando con habilidad el momento favorable, de un día para otro se convirtió en un ferviente patriota francés y en un excelente servidor de la nueva patria. Sirviéndose de su gran influencia en la curia, Richelieu consiguió para él el capelo cardenalicio, a pesar de que no había recibido las órdenes sagradas. Al año siguiente, Mazarino sucedía a su gran predecesor. Supo también con habilidad obtener los favores de la reina Ana, quien, a la muerte del marido, se enamoró locamente del fascinante caballero y le confió los destinos de Francia.

Mazarino no era un creador, un constructor, sino un diplomático, que aprovechaba hábilmente las circunstancias. Sabía perfectamente cuánto le odiaba la aristocracia porque era extranjero y ambicioso, y cómo sufría el pueblo francés al verse gobernado por una española y un italiano. A esta hostilidad, Mazarino respondió con gentileza, afabilidad, adulación y benevolencia, tanto con palabras como con hechos. Sin embargo, no era propenso a hacer verdaderas y auténticas concesiones si no se veía obligado a ello. El cardenal de Retz, su despiadado enemigo, dijo de él que “podía hacer cualquier promesa, dado que no tenía nunca la intención de cumplir ninguna”; y Rochefoucauld añadía: “Ante las mayores empresas, sólo tenía perspectivas modestas”.

Prosiguiendo con energía la estrategia militar y diplomática de su predecesor, no cosechó más que lo que aquél había sembrado. Supo alcanzar grandes éxitos. Entre otros, los tratados de paz que marcaban la decadencia definitiva de los Absburgo. Tocó así las metas políticas de Richelieu, pero de manera completamente distinta de como lo había previsto el gran cardenal. Mientras Richelieu hubiera querido imponer a España tales condiciones de paz que en lo sucesivo le hicieran prácticamente imposible una guerra con Francia, Mazarino, por el contrario, quiso asegurarse la amistad de los Absburgo, mediante el matrimonio del joven rey de Francia con la infanta de España, María Teresa.

El Tratado de Westfalia y la Paz de los Pireneos ponían fin a un siglo y medio de guerras. Francia había conseguido la hegemonía de Europa, pero la parte católica veía con dolor que se concedían numerosos privilegios a los protestantes de distintas naciones.

El malestar económico que serpenteaba hacía mucho tiempo, acabó por dejar en suerte dos estados sociales ya antes muy alejados uno de otro: la nobleza, que se quejaba de no recibir mayor participación de la renta nacional, y la burguesía, maltratada con la elevada tasa de impuestos. Muchos se vieron obligados a tener que vender las propiedades de familia para pagar los impuestos. Cuando ya no tenían nada que vender, eran encarcelados, y en 1646 se contaban veintitrés mil franceses en la cárcel por sus deudas con el fisco. En 1648 el descontento desencadenó una sublevación, conocida con el nombre de ‘fronda’. Las dos frondas, la del parlamento y la de la nobleza, duraron cinco años y fueron interpretadas de diversa manera.

¿Revolución fracasada?. La mayor parte de los frondistas permaneció fiel a la monarquía. En realidad, la ‘fronda’ fue una reacción contra el absolutismo. Parlamentarios, burgueses y señores feudales, todos desde siempre hostiles a la obra centralizadora de Richelieu, inconscientemente estaban preparando la separación de los poderes, o sea, la monarquía constitucional. La corte tuvo que huir de París, así como Mazarino, pero, una vez a salvo, el gobierno comenzó a castigar a los parisinos con el hambre. Después de diversas vicisitudes, y de un doloroso exilio en el extranjero, desde donde continuaba gobernando Francia mediante cartas a la reina Ana, Mazarino pudo volver a París, por orden de Luis XIV, a pena entrado en la mayoría de edad.

La ‘fronda’ había visto infiltrarse, entre las filas de los grandes conspiradores, a un grupo de revoltosas amazonas, capitaneadas por la duquesa de Chevreuse. Esta mujer tenía dotes de gran político, pero no sabía elegir el objetivo justo al que entregar su propio entusiasmo. Con ella estaban la duquesa de Montbazan, la duquesa de Châtillon y la Gran Madamisela, esto es, la hija del duque de Orléans, que, embriagada por la gloria del apellido, no

se preocupaba ni de la edad, ni de la belleza, ni de la condición moral de su pretendientes; no deseaba un marido, sino un trono, y al final no lo obtuvo.

Gran parte de las otras bellas damas desviaron los propios intereses del campo político al religioso, y dedicaron su entusiasmo al servicio de Dios en el campo jansenista, o también, viviendo una conversión total, entraron en un monasterio o vivieron santamente en su casa, bajo la guía de famosos directores espirituales. Algunas, como veremos, fueron discípulas de Rancé.

El cardenal conocía a la perfección el arte de enemistar a sus adversarios, para tratar separadamente con cada uno de ellos, y, al ser posible, enfrentar a unos contra otros. Con esta táctica consiguió derrocar a la 'fronda'.

El tiempo, como siempre, se aliaba a favor de Mazarino; más aún, era su más fiel aliado. Y él, más poderoso que nunca, "poderoso como Dios en la creación del mundo", no realizó ninguna venganza sangrienta; se mostró mucho más conciliador que Richelieu, limitándose a alejar de la corte a algún rebelde, y a exiliar a algún otro. Esta era su táctica preferida; y veremos que Rancé no realizó ninguna acción clamorosa después de la toma de posición del joven eclesiástico a favor de su gran amigo Rets, pues caer en desgracia de Mazarino era quizá peor que de cualquier otro. Para Rancé, aquel acontecimiento fue el inicio de un nuevo período de su vida, que desembocó providencialmente en la conversión.

Después de la muerte de Mazarino, en 1661, Luis XIV<sup>8</sup> consiguió por fin asumir personalmente el gobierno y, ante la asamblea del clero francés, pudo declarar que él mismo sería el primer ministro, y, volviéndose a sus colaboradores les dijo: "Ustedes me favorecerán con su parecer cuando yo se lo pida ... ; a vos, señor canciller, le suplico y ordeno no estampar el sello si no es bajo mi mandato; a ustedes, señores secretarios, y a vos, señor sobreintendente de finanzas, les ordeno no firmar nada sin una orden mía<sup>9</sup>". A esto se llama hablar claro.

La segunda parte de la vida de Rancé se desarrolla durante el reinado de este soberano absolutista. Nuestro abad, impregnado de espíritu monárquico, fue siempre un fiel sostenedor de aquella institución, de la cual su familia había recibido favores, honores y riqueza. Del rey recibió siempre comprensión y ayuda en los momentos más difíciles para la supervivencia de la Trapa. La fama de la santidad de vida que en ella existía la convertían en punto de referencia, ante el movimiento de reforma de las Órdenes religiosas, que el gobierno francés pretendía desde hacía ya decenios, comprometiéndose directamente con las personalidades más representativas. Recordemos que Richelieu mismo fue abad general de la Orden cisterciense.

Continuando la visión panorámica sobre este período de historia francesa, podemos considerar ahora los aspectos social y religioso.

En los estudios que se refieren a la reforma de la Trapa, raramente se pone en evidencia este aspecto de la historia de Francia. Es muy importante, más bien diría muy interesante, por varios motivos. Lo primero de todo, porque es un aspecto que Rancé conocía sólo parcialmente, de lejos, desde lo alto del linaje nobiliario al que ya pertenecía su familia. Nuestro Reformador tuvo contactos auténticos con los *pobres* en el período inmediatamente después de su conversión, y esta experiencia produjo un efecto saludable en su camino de *Imitatio Christi*, en el que se comprometió a sí mismo y guió a sus hijos. Además él no descuidó, durante su Abadiato, la situación en la cual se encontraban sus hermanos más desafortunados. Sabemos que a la puerta de la Trapa se repartieron miles de comidas a los necesitados que se presentaban, y que las familias pobres de los hermanos monjes recibían de la Abadía las ayudas necesarias.

Rancé en la búsqueda real de la fidelidad más pura a los valores del monaquismo antiguo, nunca se alejó de la realidad social en que vivía.

Si él, bajo distintos aspectos, fue prisionero de su tiempo, es bueno conocer todos los recovecos que tuvieron una influencia cierta sobre el estilo de vida elegido por el Reformador para su obra.

## El aspecto social y religioso de Francia en el siglo XVII.

En 1625 el parlamento de Digione establecía:

*“ Está prohibido a todos asumir el título de noble sin expresa autorización... dar el título de Madame a las esposas de los comerciantes, procuradores, notarios o mensajeros, y a ellas recibirlo, bajo pena de cien libras de multa y de trescientas para los reincidentes... a los abogados, a los médicos y a sus mujeres llevar vestidos o adornos de seda y de raso ”.*

Este acto oficial, aunque sólo sea de una pequeña ciudad o regional, nos revela la existencia de un fenómeno bastante importante, que ya interesaba a toda la sociedad francesa, y que obligaba a este tipo de procedimientos, es decir, la relevancia social que estaba adquiriendo la clase burguesa de los profesionales, médicos, abogados.

Estamos en el 1625. Al año siguiente, el 6 de enero de 1626, nacería A-J le Bouthillier de Rancé, precisamente de una familia de abogados, pero que, por la habilidad de su abuelo y de su padre, pertenecería desde entonces a aquella nobleza togada que con ingenio y con apoyos distinguidos, adquiriría un poder cada vez más grande a lo largo de este siglo XVII.

Este siglo estuvo claramente dividido en dos partes, desde la llegada al trono de Luis XIV, y con él la concretización de aquel poder absoluto ya anhelado, proyectado y preparado, primero por la gran política de Richelieu, y después por la de Mazarino.

Francia, “adolescente, batalladora, de poderosa soberbia y segura de sí misma<sup>10</sup>”, que se ha formado entre los años que van desde el inicio del siglo hasta el 1660; Francia, que, al mismo tiempo, ha vivido una dolorosa crisis de desarrollo, en medio de los dramas sociales y religiosos, que la han sacudido. Estos son los años más ricos y más vivaces del siglo XVII, aunque un poco ensombrecidos por Versalles y por el Rey Sol. Es una Francia rica de santos y de héroes ansiosos de gloria y de verdades científicas. Una Francia hospitalaria, que acoge en París, Place Royal, personas cultas de todo el mundo, desde el Padre Mersenne a Etienne y a Blaise Pascal. Este período culmina en los años 1636-37, cuando fue representado el ‘*Cid*’ de Corneille, y publicado el “*Discours de la méthode pour bien conduire sa raison et chercher la vérité*”, de Descartes.

Vida fascinante de una sociedad viva, que, sin embargo, se desarrolla sobre un fondo social turbulento y revelador, a pesar de una notable debilidad de gobierno. Este período está caracterizado por revueltas parlamentarias y nobiliarias – de las que la **Fronda** es sólo la más estudiada – y sobre todo por aquella agitación, mucho más vasta y desconocida, de los motines populares en las ciudades y el campo, y las endémicas revueltas de los ‘*nu-pieds*’ y de los ‘*croquans*’ (pordioseros), que hacían insegura la vida, sobre todo fuera de las ciudades. La regencia de dos reinas extranjeras carentes de preparación para el gobierno, en 1610 María de Medici, y en 1643 Ana de Austria, contribuyeron a estas situaciones, que oscilaban del orden al desorden.

Francia, con sus 18 millones de habitantes, 22 si se tienen en cuenta las tierras anexionadas más tarde, era la nación más poblada de Europa. Las ciudades no eran muy grandes, a excepción de París que, con sus 550.000 habitantes, constituía el 2, 5 % de la población total. Alrededor del 1,85 % de esta población vivía en el campo, en condiciones de gran pobreza, en ocasiones al mismo límite de la subsistencia, a causa de acontecimientos independientes del hombre, como, por ejemplo:

- 1) El cambio climático – al período que va de finales del siglo XVI a finales del XVIII se le llama ‘pequeña era glacial’, con sus peores años, 1580-1610 y 1640-1665.
- 2) Las pestes, como las de los años 1564, 1586, 1596, y entre los de 1625 y 1636.
- 3) Las malas cosechas. Por esta causa, entre 1630 y 1633, algunos pueblos perdieron entre el 10 y el 15% de sus habitantes, muertos de hambre. Durante la Fronda, hubo

cosechas mediocres en 1648, desastrosas en 1649, mediocres en 1650, y pésimas en 1651. El clima mejoró en el 1652, pero todo se arriesgó con la guerra.

Otras veces, los que tuvieron gran importancia fueron los acontecimientos causados por la crueldad o la incapacidad humana, por ejemplo:

- 1) La forma particular de la propiedad y explotación de la tierra.
- 2) La guerra.
- 3) Las revueltas populares, sobre todo a causa de las tasas desorbitadas<sup>1</sup>.

A comienzos del siglo, concluidas las guerras, se disfrutó de un período de paz, bajo el ‘buen Rey Enrique’, pero con Luis XIII (1601-1643) las hostilidades se renovaron en diferentes frentes:

- El de la casa real, en que la misma reina madre fomentaba sediciones contra su hijo.
- El de los Protestantes, que fue más o menos activo hasta mediados de la segunda mitad del siglo.
- El internacional, de la guerra de los treinta años (1618-1648). Sobre todo con la entrada de Francia en este último conflicto, y con la Fronde, las condiciones de sobrevivencia de los pobres se habían vuelto desesperadas: la población quedó diezmada por la carestía y por las epidemias.

Siempre en relación con la carestía y la guerra, fueron quemados y saqueados pueblos enteros. Hubo algunos casos de antropofagia e necrofagia. El gobierno, esquilmo por el esfuerzo para financiar la guerra, aumentó enormemente los impuestos.

La renta de los ingresos directos pasó de 10 a 77 millones, y, no obstante esto, no logró llevar ayuda a las provincias devastadas – Lorena, Picardía, Champaña e Ile-de-France -. El salario de un trabajador apenas bastaba para comprar lo estrictamente necesario para sobrevivir y pagar las tasas; aunque en los años buenos había algo más. Cuando llegaba un período de carestía, los precios subían, y todos vivían con hambre. La tasa de mortalidad era cerca del 33 por mil, y la media de vida no superaba los 25 años. Se ha calculado que en algunas zonas la mortalidad infantil llegaba al 400 por mil en el primer año de vida. Los ancianos apenas eran una carga, porque sólo el 7% de la población superaba los 60 años.

En medio de todo este movimiento, a veces violento y doloroso, subyacía un hecho muy importante, que ya hemos puesto en evidencia al principio, el cambio de posición social, la creación, y después la elevación de la clase burguesa de comerciantes, que rompe con todas las barreras tradicionales. Es un hecho, que ésta sobrepasaba a la nobleza togada, a la cual antes había prestado sus cuadros – grupo social, este último, del que provenía la familia Bouthillier, que luego se llamó ‘de Rancé’, sólo por la adquisición del título dado por Claude, abuelo de Armand-Jean-. Las leyes restrictivas, de las que al principio hemos dado un pequeño ejemplo, eran el arma con que se defendían aquellos nobles de última hora de las pretensiones de los nuevos ricos.

Las revueltas de 1648 señalan una breve tregua entre comerciantes y togados, pero era sólo una tregua provisional de aquellos conflictos, que de vez en cuando pasaban a segundo plano, frente a la fiscalización de Mazarino. La fiscalización es otra plaga del tiempo, ya lo hemos insinuado, y es sobre todo el campo el que la tiene que padecer. Los nobles propietarios terratenientes cargados de impuestos se salvan a expensas de la parte más débil, los campesinos, empobreciéndoles completamente. La gran política de Richelieu, Concini y Mazarino, junto a las transformaciones sociales, son la causa de estas cargas fiscales, mucho más sentidas, porque Francia salía de una época de riqueza, proveniente del oro y de la plata del nuevo mundo. A medida que estas riquezas se agotan, crecen en importancia social los que han sabido rentabilizar su propio trabajo: la clase burguesa, los profesionales y los comerciantes, en particular.

Revueltas endémicas en el campo, revueltas populares en las ciudades, por parte de un vulgo que es ignorante y no puede hacer oír su voz. A pesar de esta solidaridad en la revuelta frente a la sobrecarga fiscal, entre la ciudad y el campo – sobre todo son las regiones occidentales de Francia las que sufren esta situación, y nuestra historia se desarrolla precisamente en estas zonas – queda un profundo contraste entre las ciudades enriquecidas y el campo, que está fuera del circuito de riqueza. Ciudades entregadas a la conquista y disfrute de los nuevos mercados, centros de intenso tráfico, de intercambios culturales y de encuentros entre gentes de la más variada procedencia y cultura.

Los comerciantes, los financieros y los togados, después de su trabajo tenían tiempo para dedicarse a la lectura y para cultivar sus propias aficiones literarias. Participaban con gusto en las reuniones que se tenían en las casas de los hermanos Dupuy, de Renoudot, los Pascal, reuniones animadas por los sonoros nombres del tiempo: Mersenne, Peiresc, Gassendi, Descartes, el joven Pascal y algunos otros. El mundo de la cultura, antes de Colbert, se organiza y se desenvuelve entre toda aquella burguesía profundamente intelectual de las grandes y de las pequeñas ciudades...; a los círculos de científicos, les siguen los de científicos aficionados, nuevos salones en los que se refinan los modales, la lengua y las ideas. Salones que frecuentan los émulos de los otros, más frívolos buscados por las bellas damas, en los cuales se anuncian y preparan los refinamientos de la corte de Luis XIV.

En este ambiente inteligente, culto y superficial, se formó y pasó la juventud nuestro reformador; no debemos olvidarlo cuando, respondiendo a la condesa de La Fayette escribía: “He dejado el mundo porque no encuentro ya en él lo que estoy buscando...”

En cuanto al aspecto religioso, debemos decir que, en Francia, el Galicanismo y el antirromanismo se opusieron, más que en otras partes, a la aplicación de las reformas propuestas por el Concilio de Trento, y en este aspecto particular se resintió profundamente la espiritualidad, que fue perdiendo calidad<sup>2</sup>. De 1590 a 1640, sin embargo, el fervor religioso aumentó muchísimo, como si, al no haberse podido resolver por las armas un conflicto tan doloroso con los protestantes, el catolicismo quisiera demostrar su superioridad, sobre todo con la persuasión del ejemplo personal. De esta manera, se asume, a gran escala, el compromiso de predicar, de enseñar y de reformar.

El espíritu del siglo XVII, sobre todo en su primera parte, hasta los difíciles años '60, fue misionero, para la evangelización de las nuevas tierras, especialmente en América y Canadá. En este sentido, recordemos la última flor del jardín de la Iglesia de Francia: la fundación de las Misiones Extranjeras, en 1663. Y entre las numerosas figuras de personajes heroicos, María de la Encarnación Martin, apóstol del Canadá y gran mística, por desgracia poco conocida.

Espíritu misionero que se extendió también por el interior del territorio francés, hacia los católicos tibios y hacia las poblaciones descristianizadas, o por las zonas protestantes que atravesaban Francia, desde La Rochelle hasta Poitiers, Montauban, Cahors, Agen... En estos lugares, eran las parroquias mismas las que encarnaban el espíritu misionero de la Iglesia (S. Francisco Regis)

Este espíritu misionero tomó la forma más misericordiosa en la fundación de las obras de ‘Caridad’, sobre todo por parte de S. Vicente de Paúl, que se convirtió en el centro de una fervorosísima actividad de ayuda a los pobres, tan numerosos y tan abandonados como hemos visto, con diversas fundaciones que de él tomaron la inspiración: Hijas de la Caridad, con Santa María de Marsillac, Hijas de la Providencia, Damas de la Unión Cristina de S. Chaumont, obras de las Canonisas... y también la Orden de S. Lázaro. De este período son también la “Salpêtrière” y los “Expósitos”.

El campo de la enseñanza se orientó, sobre todo, hacia la formación de los sacerdotes del bajo clero, y a este apostolado se dedicaron Olier, con sus Sulpicianos, los Lazaristas de S. Vicente de Paúl, y especialmente los Oratorianos de Bérulle al principio de su fundación, pues poco a poco acogieron también a jóvenes que no querían ser sacerdotes.

Adentrándonos más en este siglo, en el renacimiento católico aparece la primacía de los jesuitas, que se introducen por todas partes en las ciudades, aun las más difíciles, junto a los príncipes, a la alta nobleza y al mismo rey. Esta Orden ensombreció, quizá, a las otras Órdenes, y se creó muchas enemistades, por ejemplo con los Oratorianos, que en París, desde 1640, gozaban de una gran fama de óptimos educadores, profesores de letras, historia, ciencias y física. El mismo Rancé no entró nunca en el área de influencia de los Jesuitas; al contrario, siempre se opuso a su modo de dirigir las almas.

En este campo de la enseñanza, recordemos también a los Capuchinos, a los Mínimos y a las Ursulinas, que conocieron una gran expansión durante este período.

Estas breves pinceladas nos permiten comprender cuál fue la solidez y la profundidad de la fe en la Francia de la primera parte del siglo XVII, verdaderamente época de Santos y de Héroes.

Influenciados por los escritos de muchos estudiosos de tendencia monárquica, podríamos pensar que, a partir del 1660, Francia y la civilización francesa se podrían resumir en una persona y en un lugar: Luis XIV y Versalles; pero esta manera errónea de ver las cosas ha hecho imposible abarcar las dimensiones justas. Luis XIV, que, con su nacimiento en 1638, alegró a una familia que lo había esperado durante más de veintitrés años... se puede decir que vivió siempre en medio de la adulación. No brillaba mucho por su inteligencia, pero sabía explotar su gran energía y su aspecto imponente. Ponía un gran interés por todo lo que hacía relación al ámbito militar; era un magnífico soldado y tenía el don de saber gobernar. Cuando, en 1661, muerto Mazarino, asumió personalmente el gobierno, el estado se redujo desde entonces a Luis, que se autoproclamó Rey por la gracia de Dios y, naturalmente, considerándose *“la imagen visible de Dios en la tierra”*, pretendió obediencia incondicional. Ya antes los Estuardos en Inglaterra habían afirmado la realeza de derecho divino. En Luis, esta idea se había consolidado, ciertamente, con las palabras adulatorias dirigidas por el Presidente de la Asamblea, en su primera aparición en el parlamento: *“Señor, el trono de Vuestra Majestad representa ante nuestros ojos el trono de Dios”*.

Los enfermos se presentaban al Rey para que los curase con su toque taumaturgo. El Rey tocaba a los escrófulos. El día de su consagración lo hizo con a cuatro mil enfermos incurables... Leamos a M. Blonch, *“Rois Thaumaturges”*: *“ En nombre del Rey y de Monseñor Marqués de Souches, Preboste del palacio de Su Majestad y gran Preboste de Francia, se hace saber a todos los interesados que a las diez de la mañana del Domingo próximo, día de Pascua, Su Majestad tocará a los escrófulos, en la galería de Louvre. Por consiguiente, nadie diga estar ignorante de ello, y cuantos sufren de dicho mal que se acerquen, si quieren”*<sup>13</sup>

Luis creó Versalles, del cual toda Francia se sintió orgullosa, como una jaula de oro para recluir allí a los nobles, como en esclavitud. Esta clase social, que durante la Edad Media, con su valor y su coraje, había dado a la propia tierra esplendor y riqueza, ahora se convierte, un poco más cada día, en un *‘laudatorio’* del Rey. Sus camareros privados, sus lacayos, eran felices con tender la camisa por la noche, con asistir a la pequeña velada nocturna o a la gran diana al romper el día, cebados con la riqueza, en medio de los placeres, llenos de exterioridad y rendidos a los pies del déspota. Molière sería su cruel y admirable retratista.

*“Tú no sabes que el cortesano es un verdadero camaleón...El cortesano se arrastra por costumbre a los pies de los ministros y de los favoritos; se arroja servilmente, falso en los halagos, desagradecido después del éxito, persigue la protección...”*<sup>14</sup> O también: *“La nobleza pone con frecuencia su grandeza, no en servir al Rey en los ejércitos, como debiera, sino en hacer mil gastos... Según yo, el noble es un hombre capaz de contraer gruesas deudas por su mala conducta, e incapaz de pagar una sola a la propia dignidad...”*<sup>15</sup>. No es el caso de continuar pero así nos explicamos la actitud, casi de angustia, que descubrimos en Rancé, cuando, en momentos particulares de su vida, tenía miedo por el futuro de la Trapa. Rancé era sinceramente monárquico, y no era ciertamente por oportunismo por lo que mandaba cantar el

Te Deum cada vez que el Rey conseguía una victoria en guerra, o cuando sanaba después de una enfermedad. Pero ¿quién más que su Reformador podía entender el peligro que corría su Monasterio, cuando se ensañaba contra él la calumnia y la mentira? Él sabía que fácil era, por una palabra o una sospecha, cambiar la benevolencia del Rey en desgracia; el Rey que todo lo sabía, que controlaba cada actividad. Por eso se preocupó de tener la seguridad oficial del Rey y del Papa, de que su Trapa podía continuar viviendo, también después de su propia muerte, sin el espectro de la encomienda.

El Papa concedió, de mano del Card. Cibo y de Mons. Favoriti, los deseados indultos el 24 de Mayo de 1678.

### **Los años que van del 1660 al 1680 fueron difíciles para toda Europa.**

Por lo que concierne a la vida económica francesa, hubo una gran depresión a causa de la debilidad de la moneda. América disminuyó su producción de metales preciosos; bajaron los precios y aflojaron las actividades mercantiles y artesanales. Poco a poco la decadencia de las ciudades se extendió hasta llegar a las finanzas públicas. La participación de Francia a la reanudación del comercio a nivel mundial fue escasa después del 1680. Esta ausencia fue debida a las continuas guerras de conquista que Luis emprendió, para llegar a las ‘fronteras naturales’.

M. Goubert, con sus investigaciones demográficas, nos hace sabedores de que en la Baja Bretaña, en la Sologne y en el Quercy el exceso de mortandad, debido a la carestía y a las epidemias, continuó ensañándose durante todo el siglo. Estamos en la parte occidental, la que nos interesa directamente. En la puerta de la abadía de la Trapa, como ya hemos dicho, se distribuían miles de comidas. Esta situación endémica se acentuó aún más durante los años 1693-1695.

El reinado de Luis XIV, una vez terminado el período de resplandor y de conquista, entró en un segundo período de lento y triste decaimiento en el cual el control sobre cualquier actividad aumentó, y en el que sobre todo la política de persecución religiosa atrajo sobre el Rey la reprobación de la opinión pública. Jansenistas y Protestantes perseguidos y maltratados, nuevos mártires, buscados como criminales, y muchas veces prófugos por los caminos de Europa, llevaron su actividad a los países colindantes. La revocación del Edicto de Nantes, Fontainebleau 18 de Octubre de 1685, fue el último acto de una política de vejaciones y de persecuciones iniciada con el reinado personal (1661)<sup>16</sup>.

Entre tanto, continuaba en silencio la investigación científica y filosófica y se avanzaba en la dirección iniciada por Descartes. Estas investigaciones interesaban a un público cada vez más numeroso, y los descubrimientos científicos alentaban la audacia filosófica. Parecía como si se hubiera vuelto a los años '30. Holanda, *'tierra de refugio para todo el que, en la Francia esclava, suspira por la libertad'*, era el centro de la vida científica europea. Allí se imprimía todo lo que en Francia nadie se habría atrevido a imprimir, pero, a pesar de los secuestros e inspecciones postales, este material circulaba por doquier.

De esta inspección postal también Rancé nos proporciona numerosos testimonios en su correspondencia. Valga sólo uno, como ejemplo:

“Tendría otras mil cosas que decir, pero me han advertido de que desde hace ya algún tiempo la circulación de las cartas no es bastante segura. Esto hace que uno sea más reservado... sobre todo ante hechos que tienen relación con nuestra vida y nuestra conducta personal<sup>17</sup>”.

La gran evolución filosófica y cultural introducida por Descartes abarca también el aspecto espiritual. Cambian al gusto, el lenguaje y la sensibilidad religiosa. Se exige un rigor teológico

más grande y todos se vuelven más desconfiados con respecto a efusiones espirituales, estados místicos y a prácticas religiosas populares.

Sabemos que después de 1630, el Correo se había convertido en monopolio del Rey, y que, a la muerte del superintendente, Marques D'Effiat, Richelieu había dado total confianza a Bouillon y al 'fiel Bouthillier', tío de nuestro Reformador. Estas breves notas nos permiten comprender hasta qué punto la familia Bouthillier se había introducido en los intereses de gobierno. Para más detalles, la Marquesa D'Effiat y el Card. Richelieu eran respectivamente madrina y padrino de Bautismo de Rancé.

Pero, a pesar de todo, los racionalistas, los críticos, los discípulos disimulados de Spinoza, no constituían aún una verdadera fuerza contra la Iglesia. Bossuet empezaba a intuir que una gran batalla se estaba preparando, bajo el nombre de filosofía cartesiana, una batalla por el futuro. Para los apologistas del libertinaje de costumbres, se trataba de un hecho sencillamente moral. La realidad más grave, a nivel religioso, eran los protestantes mal convertidos.

Me detengo aquí, en el examen de los aspectos sociales, y en parte religiosos, de este siglo. Soy muy consciente de que apenas he tocado los distintos temas.

En esta Francia atormentada por la guerra, las discordias y las pequeñas revoluciones, pero conducida por sus gobernantes a niveles de grandeza nunca antes alcanzados, orgullosa e individualista, Rancé desempeñó un papel muy importante, y tejió una tupida red de amistades. De estas amistades hablaremos, aunque brevemente, porque la amistad fue un tema muy importante en la vida de Rancé, y para descubrir hasta qué punto la espiritualidad de la Trapa penetró en los diversos ambientes sociales. Sin duda es un recorrido difícil, porque la documentación con frecuencia se ha perdido. A veces es como navegar sin brújula por aguas desconocidas. Pero no existe otra alternativa para valorar la importancia real de su influencia.

Bremond, por razones personales, compuso el libro sobre Rancé basándose en las sucesivas ofensivas de nuestro abad: contra el Cister, contra Port-Royal, contra la Cartuja, y otros, subrayando los hechos de manera, nos atrevemos a decir, periodística. Es cierto que sería equivocado minimizar el aspecto combativo de Rancé, y, por lo mismo, es justo examinar las diversas controversias desde su origen. Algunas, como la del Quietismo, apenas si la ha tocado al final de su larga vida. Él nunca quiso ceder a las peticiones que le llegaban de distintas partes para que tomara posición en pro o en contra del quietismo. Se limitó a manifestar su profundo desprecio por este movimiento. Otras, como la larga disputa con Mabillon, han sido estudiadas a fondo por otros autores; por consiguiente, aquí trataremos principalmente de las que implicaron a las personas, y que de verdad tuvieron importancia capital.

Lo mismo que Brémond quedó impresionado por el aspecto combativo del carácter de Rancé, Chateaubriand y otros quedaron fascinados del aspecto romántico de su conversión, y dedicaron una atención exagerada al problema de la relación con madame de Montbazon y a las circunstancias de su muerte.

Rancé, por la amplitud de su influencia espiritual, puede ser colocado junto a los grandes de la historia religiosa de esta época, muy por encima de cualquier otra interpretación tendenciosa de su experiencia.

El tema de la conversión en el siglo XVII es, sin duda, muy complejo, y algunos ejemplos citados en este libro, como los de madame La Vallière, Pinette, monseñor Brillon, Beaufort., y otros, tienen una trama completamente distinta entre sí, de tal forma que hay que evitar con cuidado las explicaciones demasiado simplistas.

Hemos señalado las imaginarias invenciones de la leyenda creada en torno a la Trapa, para poner un punto seguro de esclarecimiento comprensible para cuantos conocen a Rancé sólo a través de la leyenda.

Esta segunda edición de la biografía del Reformador de la Trapa nace del deseo de proporcionar también a los lectores de lengua española la posibilidad de acercarse, de una manera sencilla y objetiva, a este gran maestro de la espiritualidad. La primera edición en italiano, después traducida al francés, comenzada casi como por apuesta y sin esperar grandes resultados, me había conducido a acercarme a Rancé a través de sus obras de manera directa y bastante extensa, y puedo afirmar que he encontrado un personaje del todo desconocido. Han pasado los años, y la curiosidad me ha animado a continuar las indagaciones, apoyada en este trabajo, con frecuencia solitario y difícil, por los ruegos de muchos, que se han visto seducidos por la fascinación de esta espiritualidad tan sencilla y viva.

En aquel mi primer recorrido, había seguido con fidelidad de discípula la obra fundamental del profesor Krailsheimer, recientemente desaparecido. De él aprendí a leer con ojos atentos y con solicitud amorosa los escritos del reformador. En esta segunda redacción de su biografía, espero dar prueba de una fiel libertad de interpretación.

En los últimos años se han hecho muchos esfuerzos para conocer mejor el pensamiento y la vida de Rancé. Se han publicado sus cartas; y otras biografías o tesis universitarias han esclarecido un poco el horizonte.

En medio de tantas polémicas, que se vienen arrastrando durante siglos, lo que ahora emerge claramente de la lectura de las obras de Rancé, es un gran aliento espiritual, el deseo constante de referir a Dios todas las cosas y de responder continua y heroicamente a su llamada.

Deseo que este trabajo, enriquecido con respecto a la primera edición con muchos textos del mismo Rancé, y a pesar de su extrema brevedad, contribuya a un mejor conocimiento de este gran padre espiritual.

No puedo cerrar estas páginas de introducción sin ofrecer un sentido agradecimiento a mis superiores, que me han ayudado a todos los niveles, y con frecuencia estimulado a continuar, a pesar de las dificultades. Muchas gracias también al traductor español, P. Valeriano Rodríguez, escolapio, cuya disponibilidad sin límites ha permitido la conclusión de la obra sin retraso alguno.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Bremond Henri, *L'Abbé Tempête*, Paris 1929. Chateaubriand Henri de, *Vie de Rancé*, 1844.
- <sup>2</sup> Ver: Jean-Marie Mayeur, Charles Pietri, André Vauchez, Marc Venard, *Histoire du Christianisme des origines à nos jours*, t. 8 y 9, Poitiers 1992.
- <sup>3</sup> Ver: Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, *Historia de la Iglesia Católica*, t. 4, Madrid 1997., y t. 3, Madrid 1999.
- Giacomo Martina, “Epoca del absolutismo”, en *La iglesia, de Lutero a nuestros días*, tr. al castellano por Joaquin Ortega, 2, Madrid 1970, p. 16-104.
- <sup>4</sup> Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, “El catolicismo pierde la hegemonía de Europa”, “Supremacía del poder civil”, en *Historia ... católica* (ver nota 4), t.4, p. 14-17.
- <sup>5</sup> Ludwig barone von Pastor, *Storia dei Papi dalla fine del M.E., compilata con il sussidio dell'Archivio segreto pontificio e di molti altri archivi*, t. 13, Roma 1934, p. 511-519.
- Ver también:
- Pierre Grillon, *Les papiers de Richelieu : section politique intérieure correspondance et papiers d'État*, Paris 1975.
- Victor-Lucien Tapiè, *La Francia di Luigi XIII e di Richelieu*, Milano 1967.
- <sup>6</sup> Pierre Blet, *Le clergé de France et la Monarchie. Étude sur les assemblées du clergé de 1615 à 1666*, 2, Roma 1959, p. 120-174. 228.
- Ver también: Pierre Jansen, *Le Cardinal Mazarin et le mouvement janséniste*, Paris 1967
- <sup>7</sup> Georges Dethan, *Mazarin et ses amis, étude sur la jeunesse du Cardinal d'après ses papiers conservés aux archives du Quai d'Orsais, suivie d'un choix de lettres inédites*, Paris 1968.
- Pierre Goubert, *Mazarin*, Paris 1990.
- <sup>8</sup> Robert Mandrou, *Louis XIV en son temps*, Paris 1973.
- Alain Niderst, *Le siècle de Louis XIV*, Paris 1997.
- <sup>9</sup> Grèce Michel De, *L'envers du Soleil*, Orban 1984, cap. VII, p. 100.
- <sup>10</sup> G. Duby, R. Mandrou, ‘Storia della civiltà francese’, Milano 1974, p. 328.
- <sup>11</sup> Marcel Lachiver, *Les années de misère*, Fayard 1991.
- <sup>12</sup> Bernardino Llorca, Ricardo García Villoslada, Juan María Laboa, “Cansancio del mundo católico”, en *Historia de la Iglesia católica*, Madrid 1998, p. 18-29.
- <sup>13</sup> Bloch Marc, *Les rois thaumaturges*, Ed. Gallimard 1983, p. 362.
- <sup>14</sup> Quincy, *Memoires*, p. 178.
- <sup>15</sup> BN., Mss. 21730, f. 156.
- <sup>16</sup> Bernardino Llorca, “Movimientos heterodoxos y controversias teológicas”, en *Historia ... católica* (ver nota 4), t 3, p. 1049-1058. Giacomo Martina, “El Jansenismo”, en *La Iglesia, de Lutero a nuestros días*, 2, *Epoca del absolutismo*, tr. por Joaquín L. Ortega, Madrid 1974, p. 179-200.
- <sup>17</sup> Corr. I, p. 137, Carta 591225, a Arnauld D'Andilly. A continuación citaremos siempre esta abreviatura para Correspondence, ed. original, IV voll., bajo la dirección de A-J Krailscheimer, Paris 1993.

